

## MIENTRAS HAYA UNA DAMA SOL

Protegida por la columna del fondo de la habitación, la niña observó como su abuela abría la vieja puerta de roble y bajaba de forma decidida las empinadas escaleras que daban acceso a la bodega. Sintió la tentación de llamarla y decirle: “Yaya, ¿puedo bajar contigo?”. Pero se contuvo porque ya había oído la respuesta muchas veces en sus casi nueve años de vida. Podía imaginar a su padre diciéndole que la bodega no es lugar para niñas, que las escaleras son peligrosas, que los barriles no son seguros, y un montón de excusas más.

Esta vez no se lo pensó dos veces. Esperó unos segundos a que su abuela bajara las escaleras y se fue directa a la puerta para adentrarse en la bodega y descubrir esas maravillas secretas que ella imaginaba y le tenían prohibido escudriñar.

Sintió miedo al verse arriba de la escalera. Sí que parecía peligrosa. Inspiró profundo, extendió su mano hacia la barandilla de madera áspera y empezó a descender hacia la suave luz de las cuevas.

Con la respiración contenida y entrecortada por la emoción vislumbró a su abuela girando por uno de los incontables pasadizos que allí habían. Estaba lleno de barricas, toneles, y demás herramientas que ella no había visto nunca. Siguió los pasos de su abuela intentado no hacer ruido. Al girar, se encontró en una sala gigantesca, llena de barriles y estanterías con botellas y descubrió a su abuela paseando entre ellos, más que caminar era como si flotara. Acariciaba con mimo cada barril, sonreía al mosto fermentando, y susurraba una tonadilla conocida para ella. Era la misma que su abuela le cantaba para dormir. No le resultó extraño el comportamiento de su abuela, porque ya lo había visto. Incluso lo había hecho cuando salía a pasear con ella por los campos de vid. Su abuela la decía. “Mi niña, háblale a la parra, dile lo bonita que es, acaríciala, siente su tacto, nota la tierra bajo tus pies, sonríe al campo, al viento, al sol, cántales, que escuchen tu voz. Que sientan tu espíritu y siente tú el de ellos”. La niña no lo entendía, pero lo hacía.

Sin embargo, en esa gran sala sí había algo que llamó su atención. No podía dejar de mirar una enorme viga de madera que atravesaba todo el techo. Aquel viejo tronco de árbol sujetaba toda la estancia y parecía saber muy bien que ése era su cometido. Tan ensimismada estaba que no se dio cuenta de que su abuela se había puesto a su lado. “Sí que has tardado en decidirte a bajar”- le dijo la abuela con voz muy dulce. La niña se sorprendió, esperaba una reprimenda y no ese tono tan amable. “Lo siento Yaya, no sabía si debía. Papá se enfada mucho”, respondió. “Este hijo mío”- dijo la yaya moviendo la cabeza.

Aprovechando la complicidad que se había creado la niña preguntó: “Yaya, ¿qué son esos símbolos que hay ahí, en la viga del techo?”. La abuela sonrió y contestó: “Son letras árabes, y es el lema de la familia, mi niña. Dice más o menos que si me quieres besar, primero tienes que probar mi vino”.

Hubo un corto silencio. “Yaya, ¿puedo probar el vino? Prometo no decírselo a papá”. La abuela asintió comprensiva y fue a buscar dos copas y una botella. La niña sostuvo la copa mientras su abuela vertía algo menos de un dedo de vino. Al acercarse la copa a la boca empezó a notar el aroma del vino, sintió como un escalofrío y los pelos se le erizaron. Los labios de la niña rozaron el vino y fue como una suave caricia. Cerró los ojos y bebió y el calor del vino inundó su cuerpo. Se sintió muy bien, como si despertara, como si todo hubiera sido un sueño. Abrió los ojos y se encontró de nuevo con los símbolos de la viga. Al instante, como un impulso irrefrenable por efecto del vino, esos símbolos extraños tomaron forma y exclamó: “*No probaréis mis labios sin antes probar mi vino*”.

Su abuela, junto a ella, la miraba con expresión gozosa, con orgullo, con ojos cristalinos de emoción. La tradición seguiría una generación más. La abuela se inclinó sobre su nieta y la abrazó con fuerza. Vio en el rostro de la niña un semblante de sorpresa. Fue entonces cuando entendió las palabras de su abuela y se vio a sí misma, una niña rubia y de ojos azules, mirando atónita a su abuela. Cogió a la niña de las manos y mirando sus azules ojos, le dijo lo mismo que su abuela le había dicho a ella sesenta años atrás: “No pasa nada mi niña, no pasa nada mi sol. Ahora sólo hay que esperar que el Caballero de la Media Luna venga buscarte”.

Y así es, mientras haya una Dama Sol, que acaricie las vides y mime al mosto, y un Caballero de la Media Luna que la encuentre, Requena seguirá regalando al mundo este placer convertido en vino.